

FOTOGRAFÍA

FOTOGRAFÍA

PROEMIO

José Jorge Santiago Santiago

Me visto ahora con la presencia de todas y todos. Me visto de un sinnúmero de mujeres y hombres que estarían dando su voz, y que lo hacen con su presencia para decir: estamos resistiendo más allá de la muerte; acá en este espacio estamos todas y todos, vivas y muertas, vivos y muertos, en una sola presencia.

Agradezco a la Comisión Sexta del E.Z.L.N., a Unitierra y a la Revista Contrahistorias que me hayan invitado a decir una palabra en Memoria de Andrés Aubry.

Incluyo en esta Memoria a Mi Madre, Hermelinda Santiago y a mi suegra, Camille Darré, también fallecidas en este mismo año y a nuestro compañero, Fernando Michel.

Andrés y Fernando, dos infatigables constructores de La Otra Jovel, entregando su experiencia del sentido de la vida; aprendieron a ser buenos, cariñosos y generosos.

A lo que quiero contarles acerca de Andrés lo he titulado:

André Aubry

El secreto de no haberse desilusionado
de lo que perseguía con amor.

He estado pensando en una imagen para mostrar lo que percibí de Andrés desde los primeros días de su presencia en México; desde 1973; él llegó a nuestro país el día 6 de diciembre de 1973 y a Chiapas el día primero de enero de 1974; pasó todo el año de 1974 viajando por la diócesis de San Cristóbal, por Yucatán y por Guatemala.

La imagen que se me ocurre es la de alguien que desea realizar una gran travesía por el mar y dedica mucho tiempo a preparar el viaje, a construir el barco, a estudiar las corrientes de las aguas, los vientos, las constelaciones, el tiempo de las estaciones, el frío, el calor y, además, piensa en todo lo necesario para el largo viaje, siempre pensando en el largo viaje, siempre pensando en los instrumentos y materiales que pueden permanecer y que van a



resistir todas las inclemencias.

Cuando llega a Chiapas ya tiene experiencia de lo que significa la construcción a nivel continental, la experiencia de Medellín, Colombia, de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1968), donde se les recuerda a los sacerdotes que tengan la lucidez y la valentía del Espíritu para promover la justicia social, para amar y defender a los pobres.

También había participado en el debate que suscitó la Encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos del Papa Pablo VI (1967), precisamente discutiendo las intencionalidades de hablar de Desarrollo frente a la necesidad de un cambio estructural de las relaciones de dependencia, analizadas y proclamadas en los documentos de Medellín.

En el contexto más amplio en 1970 ya tenemos “Las venas abiertas de América Latina” de Eduardo Galeano.

En el mes de enero de 1970 Don Samuel había convocado -junto con el Instituto Nacional Indigenista- y participado en un encuentro con antropólogos y ministros de las Iglesias para discutir el papel de las iglesias en las comunidades Indígenas, en Xicotepec de Juárez, Puebla.

Al mismo tiempo en Xicotepec de Juárez se realizó, en 1970, el Encuentro de catequistas a nivel nacional y en Chiapas los Hnos. Maristas habían iniciado una evaluación de los primeros 10 años de formación de catequistas, con la colaboración de antropólogos y especialmente de la Asociación Civil, Promoción del Desarrollo Popular, una institución nacida del Secretariado Social Mexicano.

Ya se había realizado el Encuentro de Antropólogos en Barbados (1971), quines, en su declaración por la liberación del indígena, abogaban por una antropología liberadora y condenaban el etnocentrismo misionero.

Desde antes que llegara Andrés, desde el año 1966, Michel Chanteau ya era párroco de Chenalhó y había dedicado mucho tiempo a integrarse a la vida de la comunidad; conocía las comunidades y mantenía el alma abierta a la comunicación de quienes estaban interesados en la búsqueda de nuevos mundos. Es en 1971 cuando Alfonso Gortaire Iturralde, antropólogo de la



Universidad Iberoamericana, con su tesis: “Santa Fe, presencia etnológica de un pueblo-hospital, de Vasco de Quiroga en Michoacán”, realiza en Chiapas una asesoría para los agentes de pastoral para aprender a preguntar a la comunidad; es un grupo grande de misioneros de la diócesis quienes recibimos este curso, con prácticas de campo precisamente en Chenalhó y en San Miguel Mitontic y de allí viene todo este espíritu antropológico que va invadiendo la vida de los misioneros.

En 1972, el Padre Mardonio Morales Elizalde ya había denunciado la situación de explotación de las fincas en el municipio de Chilón. Una denuncia que se realizó a nivel nacional y que con la colaboración de los Jesuitas movilizó la conciencia nacional sobre la situación de los peones acasillados y sobre la deuda no sólo real a los trabajadores, sino la deuda histórica de la nación a los pueblos indígenas.

Andrés llega a Chiapas siguiendo los pasos de Don Samuel que representa una esperanza para la vocación profética de América Latina, junto con otros obispos de Brasil (Helder Camara), de Ecuador (Leónidas Proaño), de Colombia (Gerardo Valencia Cano), de México (Méndez Arceo), de Guatemala (Juan Gerardi).

Don Samuel, en 1973, era el Presidente del Departamento de Misiones del CELAM, el Presidente de la Comisión de Pastoral Indígena del Episcopado Mexicano, el Presidente del Centro Nacional de Misiones Indígenas y también del Centro Nacional de Pastoral Indígena, vinculado todo esto a una dimensión de relaciones continentales para fortalecer la voz de los pueblos indígenas.

Al llegar Andrés se suma a esta gran aventura e imagina una institución que se llamó Inaremac (Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya, Asociación Civil); es largo su periodo de gestación, porque la idea surge como un servicio a la pastoral indígena, convocando a la Conferencia Episcopal de Guatemala para que, con Don Samuel, se creara este espacio dirigido al estudio, a la investigación, a la capacitación y a la acción directa. Inaremac, nació en medio de todas estas dinámicas y es, a mi modo de ver, la gran carabela que imaginó y construyó Andrés para surcar mares.



Durante el mismo periodo de 1974 está sucediendo la preparación del Congreso Indígena; existe una gran movilización. El Congreso se comenzó a planear desde un año antes en las comunidades, discutiendo y analizando cuatro grandes temas: tierra, comercio, salud y educación.

Se crean nuevos mundos; van coincidiendo las utopías; los análisis, las formas de acercarse a la realidad; los instrumentos; y empieza a ser necesario el entendimiento a partir de la práctica, pero un entendimiento de la realidad que transforme, que comprometa, que le dé sentido a la práctica con relación a las situaciones concretas; investigar para actuar, conocer para actuar y actuar para conocer.

De ese tiempo es el Proyecto que Angélica acompañó en la comunidad de Los Chorros, Chenalhó; se trataba de enseñar a escribir a máquina. Para realizar este proyecto Angélica optó por vivir en Los Chorros, aprender tsotsil, encarnarse en la vida de la comunidad. Buscó entender la problemática del ejido, la formación social de la comunidad, la lucha agraria, la formación de los distintos intereses. El objetivo del proyecto era que los ejidatarios escribieran los oficios directamente a máquina, para que los secretarios ladinos no distorsionaran los mensajes que la comunidad quería dar a conocer.

Este hecho nos ayuda a entender el por qué Angélica y Andrés hacen la descripción de la formación de los paramilitares de los Chorros y su relación con la masacre de Acteal.

¿Qué más les puedo contar de ese tiempo cuando Andrés preparaba su travesía?

Posiblemente es interesante que les cuente que el archivo de Andrés se forma desde el primer día de su trabajo; enumera sus documentos, enumera la correspondencia; le da seguimiento a un conjunto de actores sociales, a personas y familias, a la familia chiapaneca; les conoce de una manera muy minuciosa; establece un orden para sistematizar la información y desde el primer día también tiene un archivo confidencial, donde guarda información delicada, donde puede tener datos de seguimiento de una realidad que desde el principio se ve como parte de una política estratégica para apropiarse de los recursos de Chiapas.



El famoso lema del gobernador Velasco Suárez, “Todo en Chiapas es México”, creado para celebrar la mexicanidad de Chiapas, en 1974, se interpreta también con la intencionalidad del gobierno federal de apropiarse de los recursos. Hay que tener en cuenta, además, que en estos años apenas se está construyendo la hidroeléctrica de la Angostura, que la selva no está abierta a la devastación de COFOLASA, con los aserraderos de Chancalá, que no existen las carreteras de la selva, la que va a Yaxchilán y la que llega a Yaxchilán desde Montebello, pasando por la zona de Marqués de Comillas; no existe todavía el Programa de Desarrollo de los Altos de Chiapas (PRODESCH), ni EcoSur, ni Ciesas; bueno, infinidad de procesos que apenas se vislumbran. Es en 1972 cuando Luis Echeverría Álvarez firma el decreto de la Selva Lacandona.

Decía que esta capacidad de trabajar sistemáticamente le dio un sentido al trabajo de Andrés hasta el último acontecimiento de su vida; me imagino que estaba en su agenda su visita al médico, luego la reunión en Cideci para la reflexión sobre la Otra Campaña y, después, en el “Café Museo Café” la reunión sobre Montes Azules.

¡Qué capacidad de vivir la historia!

El fue recogiendo en el camino los elementos para construir el futuro.

Por eso es importante el encuentro de Andrés con el Archivo Diocesano, con los documentos guardados, con la historia de esos documentos, anales de este gran caminar de 500 años, el descubrimiento de Fray Bartolomé de las Casas, y la presencia de los dominicos y de las grandes batallas libradas desde las curias diocesanas, en la acción diplomática y en la acción directa; el reconocimiento de lo que dicen y cuentan los monumentos arquitectónicos y toda manifestación simbólica, colores, formas, acontecimientos, descripciones, relatos, lenguas, devocionarios, leyes y manuales.

El encuentro con todos estos procesos produce una emoción particular; invaden el alma, se recorre en un instante el pasado, el presente y el futuro.

Fueron 20 años de trabajo constante desde 1974 a 1994; no es el momento de hacer una reseña de esta construcción que llevó a Andrés a hacer libros y cuadernos de Agricultura, de historia de San



Cristóbal, de recuperación de la historia milenaria de Chiapas, de explicación de acontecimientos, de impulso a diferentes proyectos con la participación de muchas personas, algunas estarán acá presentes. Uno de los proyectos fue de lingüística con John Burstein, otro de agricultura con Paul Coeyteaux; otros de información con la familia Avendaño y no puedo nombrar a tantas personas que estuvieron presentes en este caminar.

Después de 1994 podemos ver a Andrés siguiendo paso a paso los acontecimientos alrededor del surgimiento del EZLN.

Allí estuvo con la gran capacidad de mirar que él mismo enseñó muchas veces: a mirar, a detenerse a mirar, a mirar mil veces, a no conformarse con la primera mirada, a establecer relaciones duraderas, a acostumbrarse a encontrar la novedad en lo que parece rutinario, a estar preparado para la sorpresa, para el momento en que las cosas tienen una dimensión diferente.

El haber sido fiel a este acontecimiento le dio la posibilidad de mirar profundamente y en esto está: “El secreto de no haberse desilusionado de lo que perseguía con amor”.

¿Cómo pudo mirar los significados de los Acuerdos de San Andrés? ¿Cómo se involucró en la búsqueda de una educación liberadora, siguiendo a Paulo Freire? ¿Cómo le dio valor al hecho de caminar los caminos, de estar allí?

El estar allí parece sencillo, pero requiere de una gran donación de tiempo, de espíritu, de escucha, de disponibilidad, de acercamiento.

En el primer paso estaba ya presente esta gran ilusión; era una travesía para recorrer nuevos mundos. No podía quedarse tranquilo con la alborada, tenía que continuar, infatigable.

Andrés creía en el valor de las semillas presentes en los distintos espacios. Tenía una emoción especial cuando podía descubrir las semillas germinando; era una imagen a la recurría muchas veces; hablaba de fertilizar, porque pensaba en el valor de lo propio, en las potencialidades presentes en cada ser. Se acercaba con respeto y con mucho cuidado a este acontecimiento del nacer. Recuerdo la emoción que expresaba cuando explicaron la experiencia de la educación y la construcción del conocimiento en el



Segundo Encuentro de los Zapatistas con los Pueblos del Mundo, en Oventic; aunque esperaba también con más ilusión la voz de los jóvenes.

En los últimos años pensaba en el valor de la montaña; en la experiencia de vivir en la montaña, de ir a la montaña, para encontrarse con la inmensidad del cielo y de la tierra; para vivir el silencio; para contemplar la integralidad de la diversidad, para entender la profundidad del tiempo largo de la larga duración. La montaña para crear energías, para resistir, para caminar convirtiéndose en esperanza. Parece que no es posible mirar el horizonte si no se tiene la experiencia de la montaña.

Ahora de la experiencia de construcción de alternativas, puedo decir que el primer miedo que hay que vencer es el miedo a pensar, y una vez que se desata este miedo surge una fuerza que se fundamenta en la sabiduría de quienes construyen con sus manos el futuro y confrontan la lógica y la estructura de la dominación.

Este proceso es un proceso lleno de armonías, nace de la persona que se transforma en el trabajo, con la palabra, con el pensamiento y el conocimiento que se crece en el caminar permanente, en comunidad y por eso queda cada vez más claro que vamos a ganar, porque cada paso que damos nos fortalece.

Entramos así a las grandes dimensiones: el deseo de no quedarse, la lucha para romper muros, el dolor para transformar espacios, la luz para iluminar el camino y la noche para encontrar de nuevo los anhelos.

Participando en este acontecimiento de la lucha de los pueblos, trabajando juntos desde el amanecer en todas las tareas necesarias, es como se levanta la más grande teoría de las transformaciones.

Vivir la vida implica la experiencia total de una entrega de amor y la continuidad creativa de nuevos mundos con la pareja elegida. Andrés lo intentó y lo realizó en una búsqueda permanente de intercambio, compañía, compromiso, integración y producción de sueños.

De muchas cosas no puedo decir nada: los secretos de su corazón; lo que quedó sin nombrarse; lo que se vislumbraba en su



voluntad de continuar, de ir, de estar; lo que no se puede saber sin preguntarle.

Otra manera puede ser escuchar los corridos que ya se cantan en las montañas del Sureste, como el titulado Corrido de un Historiador; letra de Vicente Cruz y Ernesto, de la zona de Monte Líbano, Ocosingo.

Voy a cantar una historia	Diócesis de San Cristóbal	Andrés Aubry está aquí
Hombre de buen corazón	Fecha 20 de septiembre	El fundador de Coreco
Se llamaba Andrés Aubry	En este año 2007	No era mexicano
Que trabajó muchos años	Por hacer su último viaje	Era un hombre francés
Con Tatic Samuel Ruíz	Murió en un accidente	Tu corazón con los pobres
		No olvidaremos jamás

Un hombre bueno
y valiente
En su historia
no se ha muerto

Termino leyendo unos pensamientos de su libro “Chiapas a Contrapelo: una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica.”

“...sin embargo, importa recalcar algo que no se puede borrar de la memoria colectiva. Antes de que se solidifique este olvido insultante y se perpetúe la sociedad dual de la Colonia, Chiapas, en un cortísimo periodo (1821-1824), por vez primera desde hace 300 años, se dio el derecho y el valor de decidir: primero su independencia sin ninguna presión, adelantándose a cualquier otro en Mesoamérica; luego, toma la iniciativa de Chiapas Libre, afirmando su libertad, desafiando las presiones de un actor mucho más poderoso que él; y finalmente, tres siglos cabales después de la conquista de Luis Marín (1524) decide su destino mexicano (1824)”. (Pág. 110).

“Si el análisis está correcto, estaríamos al borde de una nueva bifurcación. En la lógica sistémica, es un peligroso momento de oscilación, siempre trágico, porque algo hasta ahora esencial en el correcto funcionamiento del sistema se está quebrando o desestabilizando, y deja a todos desprovistos. Sin embargo, sus dolores son los de un parto, porque le sucede normalmente algo



nuevo, tierno, vulnerable, frágil pero inevitablemente otro: un mundo nuevo. El éxito (no para el sistema, sino para el sujeto histórico) depende del logro de la elección que se hace colectivamente, del tino con que se vive este tiempo irrepetible en el que, por lo tanto, el error o la omisión no tienen remisión"... (Págs. 202-203).

POSTDATA:

Donde el "Sup" mira sus botas desgastadas y calza unas nuevas, porque sus pies están limpios y ligeros.

Las que se quita las cuelga en un horcón.

El tiempo dirá cuál va a ser el destino de estas botas que conocen muchos caminos.

17 diciembre, 2007.
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.



Andrés Aubry

Jérôme Baschet *

Estimados miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena del EZLN,

Estimadas Autoridades de las Juntas de Buen Gobierno, de los municipios autónomos, de los pueblos indígenas en resistencia,

Estimada comisión Sexta del EZLN,

Estimados coordinadores y miembros del CIDECCI-Centro I. Wallerstein-Universidad de la Tierra,

Estimados miembros de la revista Contrahistorias, y todos los demás “autores materiales e intelectuales” del Primer coloquio internacional In memoriam Andrés Aubry, incluidos sus participantes todos.

Estimado Andrés Moreno, Cristina, Arturo, Carla.,

Amigos de Andrés Aubry e Angélica Inda, compañeros todos, de los Altos de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas, México y el mundo:

Un saludo y un agradecimiento por confiarme el honor de hablar ahora de Don Andrés, un honor muy grande, demasiado grande. Y, si me atrevo, un agradecimiento por haber organizado y llevado a cabo tan singular encuentro, y haberle regalado a Don Andrés la fiesta más bella que podía haber imaginado (y supongo que todavía no se lo cree): una fiesta del pensamiento y las emociones, una fiesta alegre y profunda, en la cual hasta los elefantes, las almas y los muertos bailaron. Un agradecimiento por darse ese regalo aquí, en Cidecci-Unitierra, en donde tanto disfrutó, lugar del cual no dejaba de maravillarse, desde el momento de su inauguración : “eso sí - decía - que es un lugar pensado de verdad para reflexionar y para vivir”. Aquí, seguirás viviendo, Andrés, aquí seguirás disfrutando.

Quizás no tenía que decir esto, pero resulta que desde este punto, desde esta fiesta que nos reúne, nos toca mirar al camino que

* UnitierraChiapas



recorrió Andrés Aubry, para tratar de reconocer el sentido de su obra y de su vida, que son una sola cosa.

Podríamos empezar preguntando: ¿qué es lo que llevó a André Aubry (pues así lo nacieron sus padres en 1927, en la periferia de París) hasta su verdadera tierra, donde escogió quedarse para siempre, junto con Angélica Inda? ¿Qué fue lo que lo llevó hasta donde está ahora, Mol Andrés, festejado con tanto respeto y cariño por tan amplia familia? Hay rupturas, y rupturas fuertes, en la vida de Andrés Aubry. Pero hay sobre todo congruencia y fidelidad, tal como él mismo definió esta palabra (en 1973, en Medellín): “La fidelidad no es repetir los mismos errores sino perseguir con empeño el mismo rumbo con medios diferentes... La fidelidad es noble si se aferra a la honestidad, al rigor de un análisis lúcido y al calor humano”.

Esta fidelidad, trataré de evocarla a través de cinco palabras: “liberación” es la primera, la que nos convoca hoy; y las otras son “ciencia social”, “memoria”, “lucha” que nos convoca también, “ser humano”. Cinco palabras y muchas disculpas, pues en lo que voy a decir, cada uno de ustedes seguramente añadiría algo, algo de la parte que conoció y vivió con Don Andrés. Unas disculpas porque sé que faltan muchas cosas y hay muchas otras que, seguro, no las entendí bien.

La liberación, Andrés Aubry la buscó por diferentes medios, pero en el corazón de grandes procesos históricos del siglo XX y XXI. Todo empezó, en los años 1940, en la lucha de resistencia para liberar a Francia y Europa de la barbarie nazi y colaboracionista. Se acercó a esta lucha, adolescente todavía, y vivió la explosión de alegría que significó la “Liberación” de París y de Europa. En medio de esta alegría, nació el incentivo para entrarle a otra lucha, para liberar a la Iglesia de su conservadurismo, junto con sus compañeros sacerdotes obreros, pronto abandonados por Roma, y luego en el Concilio Vaticano II. Unos años más tarde, irrumpe, en Francia como en otras partes del mundo, el mayo de 1968, que trastorna la vida y la forma de pensar de tanta gente. La de Andrés Aubry también, quien, al año siguiente, aprovecha el llamado de unos amigos que le “mandaron venir” del otro lado del océano, para colaborar en los institutos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, en Medellín, Colombia y en Quito, Ecuador.



Descubre América Latina : “Aquí, - dice - volví a encontrar un contexto de liberación. Aquí se estaba gestando un hombre nuevo, el que había sido cantado por las calles de París en mayo de 1968”. Aquí se da el encuentro con Don Samuel Ruiz García, quien lo invita a Chiapas. Es el momento de los encuentros decisivos, con el Padre Miguel Chanteau y, a través de él, con Angélica Inda y tan clarito es que no podemos pensar en Andrés sin pensarlo con Angélica. Es el momento de otro encuentro, histórico, el Congreso Indígena Fray Bartolomé de Las Casas, en 1974. “Aquí me quedo”, decide Andrés Aubry a sus 47 años de vida.

En los años 70, se identifica con el proyecto de liberación de los oprimidos, con los “condenados de la tierra”. Sabe ver la “ira campesina”. Trabaja para promover la “autonomía alimentaria” de los campesinos, experimentando soluciones concretas en la parcela y también lanzando palabras elocuentes en los foros, los seminarios, donde somete a una crítica radical el desarrollo impuesto por los que mandan mandando desde el Primer Mundo. Elogia la lucha de los campesinos “por reconquistar sus tierras y levantar su dignidad”. En 1981, ubica a Chiapas en sus precisas coordenadas planetarias: “Chiapas está en el histórico paralelo 17 que, desde México hasta Vietnam, pasando por Etiopía, sacudió la historia occidental: de Zapata a Ho Chi Min, abrió para el Tercer Mundo, una nueva historia, como realidad vivida o postulada en la lucha”.

En su vigorosa crítica del indigenismo oficial, se adelanta, escribiendo en 1974: las comunidades indígenas, “en su organización colectiva”, podrían ser el “posible laboratorio del que surgiría un hombre nuevo, del que podría enamorarse el futuro”.

Andrés Aubry tuvo el talento - la nariz, diría él - de dejarse empujar por el viento de la historia. “La inspiración de [sus] trabajos fue el calor histórico de momentos fundadores”. Y, de hecho, no perdió “las grandes citas con la realidad”: la liberación de Europa al final de la Segunda Guerra mundial, el Vaticano II, la revolución cultural del 68, el impulso liberador de la iglesia latinoamericana, las guerras campesinas del siglo XX...

Para rendirle homenaje a Samuel Ruiz, Andrés Aubry recordó la tan acertada frase de Eduardo Galeano, que a él mismo ahora le podemos revertir: “somos lo que hacemos, y sobre todo lo



que hacemos para cambiar lo que somos”. Andrés Aubry no dejó de luchar al mismo tiempo para transformarse a sí mismo y para transformar la realidad, para desaprender al mismo tiempo que aprendía y comunicaba a otros su inmensa experiencia.

*Tu sombrero, Andrés. Tus botas siempre, firmes en la tierra.
Tu chaleco de lana, bajo la lluvia. Tu ámbar y tu paliacate,
cerca del corazón.*

Andrés Aubry, un muy otro científico social

¿Su obra? ¿Quieren que hagamos cuentas? Son 7 libros, desde *Una Iglesia sin parroquias* (de título tan illichiano) en 1971, hasta *Chiapas a contrapelo* (de título tan benjaminiano) en 2005, pasando por *San Cristóbal de Las Casas, su historia urbana, demográfica y monumental* u otro más, todavía inédito, sobre el redescubrimiento de Palenque. Son - solo, o en colaboración con Angélica Inda, o como responsable editorial - 34 Boletines del Archivo Histórico Diocesano y 46 Documentos y publicaciones del INAREMAC. Son más de 60 artículos en revistas científicas, mexicanas o internacionales, como Mesoamérica, Boletín del Archivo General de la Nación, Anuario del Cesmeca, Contrahistorias, Latin American Perspectives, Trace, Journal de la Société des Américanistes, y contribuciones en libros colectivos o actas de congresos nacionales e internacionales, varios de los cuales editados por la Universidad Nacional Autónoma de México. Son innumerables sus artículos en la prensa: en La Jornada (muchos de ellos con Angélica Inda, luego recopilados en el libro *Los llamados de la memoria*), El Tiempo, Expreso Chiapas, La Guillotina, Le Monde diplomatique y otros más.

Pero, contar así no tiene mucho sentido, porque a Andrés Aubry le importaba más que nada el trabajo colectivo, y también habría que contabilizar los muchos libros que ayudó a escribir a otros. Y aún así, no sería lo que realmente importa: Don Andrés escribió mucho, pero no se preocupaba tanto por volver libros sus intervenciones ni por promover lo que había escrito. De ahí la cantidad de textos que dejó sin publicar; de ahí que todos sus libros agotados quedan. Quizás se deba a que, por muy valiosos que puedan resultar, había para él cosas todavía más importantes que los libros: la vida, la gente, las luchas, los caminos de Chiapas. Lo que nos deja Don Andrés es el ejemplo de una obra que no está separada



de la vida, una obra-vida, una vida de acción e investigación.

Se elogió a Andrés Aubry por ser “pionero de la investigación-acción”. Esta metodología, esta ética, la expresó y la practicó con constancia desde los inicios del Instituto de Asesoría Antropológica para la Región Maya, A.C. (INAREMAC), que fundó en 1974, con algunos amigos. Habrá que valorar y analizar con más detenimiento el papel que Andrés Aubry tuvo en el desarrollo de la antropología crítica en los años 70 en Chiapas: fue sin duda “fundamental”. Probablemente hay muchas maneras legítimas de practicar la investigación, e incluso la investigación-acción: Andrés experimentó varias de ellas, a veces más atado al escritorio o a la computadora, a veces más en el campo. Pero la búsqueda de aportes tangibles fue primera para él, por un sentimiento de emergencia que obligaba a “investigar resolviendo”, como decía a principios de los 80's (un sentimiento de emergencia que era parte también de su indomable capacidad de indignación, frente a la opresión, la injusticia, la estupidez). Probablemente se deba también a que Don Andrés era un hombre de lo concreto, identificado con la tierra, con el terruño.

Para él, “las ciencias sociales son instrumentos para la acción. No concibe su práctica sin compromiso concreto con las poblaciones involucradas” (1990). Este compromiso implica la exigencia moral de devolución a las comunidades; pero, mucho más que esto, plantea la exigencia de producir saberes compartidos con ellas, desde ellas, que se trate de nuevas opciones agro-ecológicas, experimentadas colectivamente, o del renacer de una literatura indígena escrita, en el caso del Taller Tsotsil. La investigación-acción implica “hacer dialogar el saber popular y el saber académico institucionalizado”, “arrima[r] a una misma tarea creadora sabios campesinos analfabetas y académicos 'leídos y estudiados'”, en una labor que se niega a ser vertical, pues en ella todos aprenden, todos investigan. Tal como lo explicó, al recibir el Premio Chiapas de Ciencias, en 2001: “entonces, revolcamos la tortilla antropológica. Nos hicimos estudiantes, que no estudiosos, del indígena, sus alumnos pues, aplicando sus conocimientos a nuestra maltrecha disciplina”. Por eso, INAREMAC, Andrés Aubry y todos los que colaboraron con él, no planteaba traer soluciones de afuera, sino construirlas, siendo reactivador del saber popular. INAREMAC,



decía, “tan solo acompaña”. Acompañar: una bella palabra, para Don Andrés.

En fin, siempre luchó por romper la agresiva asimetría entre ciencia académica y saber popular, como entre ciudad y campo. Para eso, se empeñaba en bajarle un tantito su soberbia al saber culto (lo que no muy es del gusto de la academia). Pero, sobre todo, desde su práctica, se empeñaba en dignificar al saber popular (sin, por eso, idealizarlo). Es decir: reconocía a sus “colegas” indígenas como iguales, o como maestros.

La realidad no está dividida por rebanadas, o por carpetas con títulos y temas bien clasificados, así que la investigación-acción necesita de un saber integral, de una “coordinación entre el docto saber popular y la sinfonía de las disciplinas de la llamada ciencia” (1984). Andrés Aubry mismo fue ejemplo de ese anhelo, esencial pero tan difícil de lograr, a “un saber no parcelado, no dividido”, aunque “consciente de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento” (en palabras de Edgar Morin, que Don Andrés citaba con frecuencia). De Don Andrés, se ha dicho que era “un archivo viviente”, un “humanista” o muchas otras expresiones para manifestar que son pocos los que, como él, son capaces de adentrarse a los saberes y los debates de tantas disciplinas, como la historia, la antropología, la geografía (tan importante para él, por el sentido que tenía de la conformación del espacio natural y humano, de las relaciones entre la Madre Tierra y los seres humanos), la agronomía, la política, la historia del arte, y otras más.

En 2006 y 2007, aquí mismo, y también en un texto de gran trascendencia que pronto será publicado en un volumen igualmente importante, planteó “otro modo de hacer ciencia”, “otra ciencia social”: su pensamiento era lo mismo; sólo que más maduro, más profundo, reflexionando y sistematizando todas sus experiencias. De hecho, había vivido, en esas fechas recientes, más experiencias de investigación-acción-acompañamiento, entre ellas su contribución a la traducción de los Acuerdos de San Andrés en las diez lenguas indígenas de Chiapas. Trabajo de enorme relevancia por la naturaleza del texto, por el proceso de traducción, hecho de vaivenes entre seminario y pueblos, que impulsó. Pero de eso no voy a hablar, que ya lo hizo con palabras muy elocuentes el equipo del CELALI, en el homenaje que le rindieron al Mol Andrés.



En 2006-2007 entonces, reafirma todo lo anterior: el trabajo colectivo, la transdisciplina, el compromiso con la transformación social. Como un deber político y ético, pero también porque las luchas mismas producen nuevos conocimientos, abren horizontes para nuevos saberes y nuevas formas de saber. Desde la lucha, se forjan conceptos, visiones, preguntas; son, dijo Don Andrés, “laboratorios conceptuales”. Es ahí donde el sentido común se hace sentido crítico. Por eso, tiene que estar ahí el científico social, con tal que logre desaprender un poco de lo aprendido, para aprender de nuevo. Finalmente, Don Andrés llega a un equilibrio, reconociendo los múltiples ritmos de trabajo y las facetas no siempre fáciles de conciliar del científico social comprometido: “el trabajo científico es austera talacha y enorgullecedora trinchera, a la vez social e intelectual”.

Tu forma de hablar, Andrés, inimitable (o, más bien, que tantos imitan afectuosamente). Tu imborrable acento francés, “que ni Dios quita”. Tu palabra, tan viva y apasionada, la hacías camino, con piedritas sembradas por tu sentido concreto de la humanidad, con las chispas de tus expresiones fuera de lo común. Tu manera de transmitir a todos tu energía y tu inmenso saber, así como lo experimentaron los niños-actores de los barrios marginados de París: “no se encuentra dos veces un hombre como él”, sentenciaron.

Andrés Aubry, guerrero de la memoria

Y eso, ¿por qué? ¿Será porque Nicolás Arraitz, el autor de *Tierno Veneno*, le dio ese título al homenaje a Andrés Aubry, que publicó en el periódico francés CQFD? ¿O por la ética del guerrero según Elías Contreras, también él sabedor en eso de “investigar resolviendo”?

“1.- El guerrero debe ponerse siempre al servicio de una causa noble. 2.- El guerrero debe estar siempre dispuesto a aprender y hacerlo. 3.- El guerrero debe respetar a sus ancestros y cuidar su memoria. (...) 5.- El guerrero debe cultivar las ciencias y las artes, y con ellas, ser también el guardián de su pueblo. 6.- El guerrero debe dedicarse por igual a las cosas grandes y a las pequeñas.”

Entre las tareas más importantes que llevaron a cabo Andrés



Aubry y Angélica Inda, está el rescate del Archivo Histórico Diocesano, que Don Samuel Ruiz les encargó, a partir de 1977, para su recuperación y conservación, para su uso científico y su consulta por las comunidades. De ahí una gestión atípica de tan importante acervo documental: “No siempre se revuelven frijoles con archivos, ni milpa con manuscritos. Sin embargo, ésta es la característica más clara” de la colaboración entre INAREMAC y el Archivo Diocesano, decía Andrés Aubry en 1984. “En este vaivén del archivo al campo, la memoria escrita de los manuscritos y la memoria oral de los pueblos, la memoria docta y la memoria popular, confrontados al acontecer de la noticia, se fertilizaban mutuamente”. Se llevaba el fruto del rescate documental a las comunidades, en forma de transcripciones escritas o de “cassettes” grabados por Angélica, cada vez que la historia inmediata les venía golpeando, para entender problemas de tierra o de territorio, para tomar conciencia de su historia, fortalecer o recuperar su cohesión. Es esta la labor que también les permitió, a Angélica Inda y Andrés Aubry, realizar un ejemplar trabajo de historia inmediata, al compartirnos sus análisis, fundamentados en tanta profundidad temporal, de los trágicos acontecimientos de los años 1997 y 1998 en Acteal y en los Altos de Chiapas, o de las catástrofes del Soconusco el mismo año y, luego, en 2005.

El engrandecimiento de la memoria indígena dió uno de sus primeros frutos en 1982, con la publicación de *Cuando dejamos de ser aplastados* (es decir, cuando se acabó el mozo). Al presentar estos relatos tsotsiles de la revolución mexicana, Don Andrés advertía: “al lector esperamos le llegue el impacto revolucionario de la historia cuando ésta no se estudia desde arriba, sino *desde los de abajo*, cuando no se contempla desde la ciudad sino desde el campo”.

En las mismas tareas de acompañamiento para revitalizar la memoria desde los pueblos mismos, seguía empeñado Don Andrés en los últimos años, las últimas semanas de su vida. Era de los compromisos a los que no podía faltar, y no faltaba.

No sólo en el campo iba buscando la memoria Don Andrés, también en la ciudad. De su libro sobre San Cristóbal, escribió Concepción Villafuerte: “cada página del libro que publicó sobre nuestra ciudad nos enseña lo que nadie de los que nacimos aquí pudo



haber aprendido en toda su vida (...) Ha devuelto a los chiapanecos sus raíces a través de documentos primordiales. Sabe todo lo que deberíamos saber todos los coletos y chiapanecos”. De este libro, quisiera recordar la primera frase, que merecería su lugar en alguna antología que todavía no existe : “San Cristóbal de Las Casas es esta ciudad encantada que se construyó con la boñiga de caballo, la paja de trigo o la juncia de ocote, la clara de huevo y la viruta de pinabeto, como en los cuentos de hadas. En otras partes del mundo, el arte logró expresar el calor de la carne con la frialdad del mármol... pero San Cristóbal escogió plasmar su sueño eterno con la fragilidad efímera del barro, de la paja, del huevo y expresar nobleza con boñiga de caballo”. Andrés Aubry, historiador-poeta de lo concreto, de lo cotidiano, de la nobleza de lo humilde. Esto es también lección histórica, pues la memoria se arraiga en el suelo, en las materias que se pueden tocar y oler; de ahí hay que partir para que la historia sea suelo firme en donde caminar.

Ver y reconocer lo más concreto, lo más material, no impide ver y reconocer las creaciones más “elevadas” del arte. Entre las contribuciones determinantes de Andrés Aubry a la memoria de Chiapas están sus estudios sobre los retablos barrocos de San Cristóbal y sus aportaciones a la restauración de los mismos, así como de monumentos como la catedral, San Nicolás de los Morenos y, en fechas muy recientes, Santo Domingo, al cual contribuyó a restituir su extraordinaria fachada policroma de estuco. Bien sabía Don Andrés que “no existe ningún documento de cultura que no sea también documento de barbarie”, como dice la tesis 7 del... Walter Benjamin, con la cual quiso abrir *Chiapas a contrapelo*. Pero sabía que, muy a pesar de esto, tenemos que hacerle caso al arte, escuela de nuestro mirar, de nuestros siete sentidos, incluido el sexto, el pensar, que, en el arte, se va plasmando no en conceptos o teorías, sino en formas, colores, sonidos, movimientos del cuerpo. Supo reconocer Don Andrés, en el arte de la dominación colonial, la mano y la memoria indígenas. Supo reconocer las huellas de “otro arte”, de otras aspiraciones, escondidas en el monumento de cultura a la gloria de los de arriba.

Guerrero, Don Andrés lo era de una memoria que se remonta muy lejos para llegar hasta muy ahorita; de una historia de larga duración que había aprendido de Fernand Braudel y la escuela de los



Annales. Andrés Aubry se sentía igualmente a gusto en las Mesas de Palenque, para discutir glifos y estelas, como en un congreso sobre la Revolución mexicana; se sentía igualmente a gusto para hablar del Popol Vuh como de arte barroco, de Bartolomé de Las Casas como de Don Samuel, de la llegada del hombre a Chiapas hace 10,000 años como de la Marcha del Color de la Tierra, de los choques de placas tectónicas hace 60 millones de años como del fin del sistema-mundo capitalista en 2050. Del pasado geológico al futuro anhelado: eso es el arco temporal en el cual se movía Don Andrés. Del pasado más remoto, pero que no deja de aflorar, de pedir memoria, de pedir justicia, hasta el futuro, que es el punto de vista incierto desde el cual miramos al pasado. Ese es el arco temporal que consideraba necesario para un verdadero conocimiento integral. Ese es el arco temporal que le permitió escribir *Chiapas a contrapelo*, el libro de la madurez que sintetiza una vida de saberes múltiples. En ese libro confluyen por lo menos dos raíces e inspiraciones. Una es la estimulación intelectual y humana que compartió con sus compañeros del seminario del Centro I. Wallerstein: ahí encontró el impulso y el marco teórico del análisis de los sistemas-mundos, para sistematizar sus conocimientos y profundizar la visión global y de larga duración que venía desarrollando desde décadas atrás. La otra raíz, así como lo escribió, es que este libro había sido “probado en el campo chiapaneco”, a lo largo de varios años de compartir la sed de historia de los indígenas de Chiapas, en su construcción de la autonomía. Así que este libro nace del encuentro entre un planteamiento teórico general y una experiencia práctica en el campo. Es un libro escrito desde la lucha y para la lucha, que busca restituirnos el hilo que le da sentido a la historia, que le da sentido a la lucha. Sin olvidar que en textiles también se escribe la historia de los pueblos indígenas, así que se necesita hilo, trama y el bordado de las culturas, las lenguas, las artes.

Para entender cómo Don Andrés concebía esta historia, pensada desde la lucha y para la lucha, desde una lucha que se define a sí misma como una guerra contra el olvido y por la memoria, quisiera compartirles algunos párrafos escritos por Don Andrés en 1999, para algún taller en alguna parte de algún municipio del sureste mexicano: “Mi vida es mi lucha (o sea, luchar es una bella forma de vivir). La historia es las luchas de los pueblos. *Si a uno no le interesa luchar, tampoco le interesará la historia.*



Para estudiar la historia, la primera tarea es aprender a analizar la realidad, la de hoy, la mía, la de quienes luchan. *Si no entiendo mi presente, nunca lograré entender mi pasado, menos mi futuro y la historia me tendrá sin cuidado.*

Los que luchan necesitan otra historia, una historia que se ha hecho desde abajo, desde las luchas de los pueblos. La historia de [arriba] sirve para que la gente obedezca. La historia desde abajo sirve para que la gente siga luchando. Para que la historia hable..., tengo que cuestionarla. Las preguntas, las tengo si analizo mi realidad. Las respuestas, las busco en el pasado, es decir, pregunto a los que caminaron primero cuál fue su proceso; y una de las preguntas importantes es qué futuro querían, con qué proyecto soñaron, hacia qué rumbo querían caminar...

La palabra de la historia es mensaje; por lo general, su mensaje es decirnos dónde está el compromiso. Pero si no quiero compromiso, mejor no me meto en Historia”.

Andrés, tu incansable ir, a pesar de los años, por los caminos de Chiapas, por sus peores brechas. Tu manera de gozar la belleza de los paisajes, de leerlos para disfrutarlos aun más. Tu placer al compartir, con quienes te acompañaban, la forma de cada cerro, de cada cañada, las historias de cada ejido, de cada ex-finca, los sistemas de cultivo y los recuerdos. Tu forma de manejar, Andrés, con energía juvenil y sabia experiencia (ojo, no por eso tu muerte, sino por ese atentado permanente a los ciudadanos que es el - que no autopista- matadero Tuxtla-San Cristóbal).

Andrés Aubry en las espirales zapatistas

Después de identificarse, desde los años 60 y 70, con los procesos de liberación de los oprimidos, después de acompañar tantos años las iras campesinas en búsqueda de tierra y dignidad, Andrés Aubry estaba bien preparado para entender lo que iba a empezar el 1 de enero de 1994. Estaba listo para no perderse esta cita con la historia. Esta fue la principal de todas, la decisiva, que todas las anteriores habían preparado. Así que en los primeros días de enero del 94, escribía “al vapor”, como decía, textos para tratar de explicar algo a los periodistas internacionales. En los primeros



meses del 94, estaba describiendo como “la historia de Chiapas identifica a los zapatistas”. Se ha dicho que Andrés Aubry supo interpretar al movimiento zapatista, ser puerta de acceso y facilitador para muchos, de otros países pero también de México. Sí, en cada una de las etapas, supo escuchar, testimoniar, explicar, defender. Lo hizo, en tiempos de la CONAI; lo hizo observando muy de cerca las mesas de San Andrés. No faltó ni un momento, ni un encuentro, de la Convención Nacional Democrática hasta el Segundo Encuentro de los pueblos zapatistas con los pueblos del mundo, que siguió sin perderse ni un minuto. Hasta el Encuentro de los pueblos indígenas de América, en Vicam (Sonora), al que, con valentía y entusiasmo, se registró, mientras sus piernas le pedían absoluto reposo. Ese confluir de las luchas indígenas del continente, tampoco se lo iba a perder. Así que, el 20 de septiembre de 2007, se fue a consulta a Tuxtla Gutiérrez, donde su médico, encontrándolo perfectamente recuperado, le autorizó el viaje que tanto deseaba...

Andrés Aubry supo interpretar al zapatismo, dicen. Sobre todo, supo verlo desde la realidad cotidiana de las parcelas y los microclimas, de la gente que conocía de veinte años atrás. Supo ver esta realidad que se iba transformando, desde abajo, tal como lo había soñado. Supo verla porque la estaba viviendo, compartiendo, haciéndola suya. Supo acompañarla, en la construcción de una educación autónoma y liberadora, en la reconstitución de la memoria de los municipios autónomos, en muchas cosas más... Desde 1974, se ponía a disposición para acompañar aprendiendo; treinta años después, andaba acompañando procesos nacidos desde los pueblos indígenas, auto-organizados por ellos. Ahí andaba trabajando y trabajando con compañeros que se la pasan diciendo “es muy poco lo que sabemos”, cuando en realidad lo que saben es lo que pone de pie, o de cabeza según el caso, todas las teorías, todos los conocimientos.

Acompañamiento incómodo a veces, pues una cosa que nunca pudo aprender Don Andrés es dejar de decir lo que pensaba con franqueza, a veces con vehemencia. Incómodo, pero respetuoso, fiel siempre, atento a los demás, todos los demás, como lo demuestran tantas señales de respeto y cariño hacia él. Un acompañamiento fiel a los ideales freirianos de la concientización y la construcción colectiva del conocimiento; un acompañamiento



que peleaba por romper la verticalidad de las relaciones de saber/poder. Y, quizás lo más valioso: la convicción de que tenía todavía tantas cosas que aprender. La sencillez de saber dejarse guiar por otros, incluso por unos jovencitos. A sus 80 años, esta pasión vital e incansable de seguir aprendiendo, este impulso para seguir creciendo, es decir para transformarse, aprendiendo y desaprendiendo. También este anhelo de un futuro liberador, es decir liberado de la tiranía mercantil, que mejor nos apuremos un poco y que sea antes de 2050, ¡tantas ganas que tenía de vivirlo!

En las últimas semanas, los últimos días, de su vida, Don Andrés iba muy preocupado por los ataques contra las comunidades, contra la Sexta. Con alegría, sepultaba al mito del desarrollo en el seminario Wallerstein. Se daba a la tarea de seguir profundizando la historia de algún municipio de los Altos de Chiapas. Iba con sus binoculares, auscultando por enésima vez la fachada de Santo Domingo, maravillándose por algunos detalles hasta ahora desapercibidos o que necesitaban reinterpretarse. Y también se preocupaba por cuidar un puente. Un puente para la salud, en medio de la selva. Era realmente impactante ver cuanto cariño le tenía Don Andrés a este puente. También a la gente que allí trabaja, que allí se cura.

Un puente es algo tan concreto y, en este caso, tan indispensable para que salga adelante un proyecto de salud. Es la base de un cambio en lo cotidiano. Para planearlo y mantenerlo -para que no se caiga, como tantos de los puentes de arriba-, se necesita de un conocimiento integral del entorno humano y del entorno natural, del andar del río y de su manejo por los habitantes, de las lluvias y la humedad, de la vegetación, las piedras, la madera, los animales, los hongos... Todo eso estaba checando, con escrupulosa atención, Don Andrés. Tantas cosas pequeñas y tan importantes.

Si algo hay que tratar de aprender de tí, Andrés, es como juntar, y no separar.

Por ejemplo, juntar el campo y el archivo,
juntar el saber científico y el saber popular,
juntar el amor al terruño y la visión sistémica,
juntar la humildad de lo cotidiano y las aspiraciones del arte,
juntar el “análisis lúcido” y el “calor humano”.



Los puentes suelen juntar horizontalmente (o ¿no?). Así es como ibas juntando lo humilde y lo “elevado”, los arribas y los abajos, pero abajo siempre, desafiando las leyes de la gravedad, dejando que arribas y abajos se pongan a caracolear para llegar, como tú, más a profundidad, más al corazón. Para tí, era tan importante contarles una historia a un grupo de niños como presentar una ponencia en un coloquio. Era tan importante un puente como un encuentro de intelectuales.

Por todo eso y mucho más que no supe decir, fuiste, Andrés, en tu pensamiento y en tu caminar, un digno combatiente de la liberación individual y colectiva.

Ahí te van las palabras de Isaías, compañero, Isaías el profeta, en su capítulo 58, versículo 6 : lo que sin cesar has deseado, « es romper las cadenas injustas, dejar libres a los oprimidos, arrancar todo yugo ».

17 de diciembre 2007
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Las citas de Andrés Aubry se encuentran en las siguientes obras:

Una Iglesia sin parroquias, México, Siglo XXI, 1974 (edición francesa : 1971).

Cuando dejamos de ser aplastados (K'alal ich'ay mosoal), México, Sep-Ini, 1982, 2 vol.

San Cristóbal de Las Casas, su historia urbana, demográfica y monumental (1528-1990), San Cristóbal de Las Casas, Inaremac, 1991.

(Con Angélica Inda) *Los llamados de la memoria (Chiapas 1995-2001)*, Tuxtla Gutiérrez, Coneculta, 2003.

Chiapas a contrapelo. Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica, México-San Cristóbal de Las



Casas, *Contrahistorias/Cideci-Centro I. Wallerstein*, 2005.

“Indigenismo sin indígenas”, *Contacto*, 11, 1974, p. 16-25.

« La fête des peuples et l'éclatement de la société. Pratique populaire et pratique liturgique », *Concilium*, 162, 1981, p. 103-114.

“ Organización campesina y autonomía alimentaria”, en Gustavo Esteva (coord.), *Por una nueva política alimentaria*, México, Sociedad Mexicana de Planificación, 1983.

“Estrategia popular e investigación científica”, *Documentos de Inaremac*, 025, 1984.

“Diez años de labores de INAREMAC. Sus instrumentos de desarrollo alternativo”, *Documentos de Inaremac*, 028-029, 1985.

“La historia de Chiapas identifica a los zapatistas”, *Documentos de Inaremac*, 043, 1994.

“Para un retrato del mediador”, en *Chiapas : el Evangelio de los Pobres*, México, Temas de Hoy, 1994, p. 163-167.

“Introducción para un taller de historia”, 1999 (inédito).

“Discurso en la entrega del Premio Chiapas de Ciencias”, 28 de noviembre de 2001.

“La experiencia zapatista : un testimonio”, *Ojarasca*, 90, octubre de 2004, p. 6-7.

“Los intelectuales y el poder. Otra ciencia social”, *Contrahistorias*, 8, 2007, p. 111-116.

Otro modo de hacer ciencia. Miseria y rebeldía de las ciencias sociales, 2006 (en prensa).

Santo Domingo. Un monumento de la ciudad y de los dominicos, 2007 (inédito).



Declaratoria del Doctorado

Palabras del Comandante David

Hermanos y hermanas, compañeros y compañeras, y todos los presentes. A nombre del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y a nombre de todos mis compañeros bases de apoyo, Consejos Autónomos y Juntas de Buen Gobierno, quiero decirles algunas palabras en este histórico momento...

Hermanos y hermanas:

Acabamos de escuchar la vida, la historia y el trabajo de Don Andrés. No podemos decir en poco tiempo lo que hizo en toda su vida, son muchas historias, son muchos momentos, hay muchas cosas que podemos decir de él, pero ahora quiero compartirles con todos ustedes lo que nosotros también sabemos, lo que nosotros también conocemos sobre la vida, sobre el trabajo de Don Andrés.

Para nosotros los indígenas, para nosotros los zapatistas, Don Andrés es un personaje con larga historia y con un profundo amor al pueblo. El como historiador y como alguien que se puso a caminar junto con el pueblo, conoció más de cerca la vida, la historia, la realidad y las luchas de los pueblos indígenas; por esta razón, cuando nosotros los zapatistas, cuando nosotros los indígenas nos levantamos en armas el 1° de Enero de 1994, él y su esposa Angélica, pues no podían quedar ajenos a la justa causa de las luchas de los pueblos indígenas, con quienes ya habían compartido sus vidas y sus trabajos. Entonces ellos, desde que nosotros los zapatistas nos dimos a conocer ante el mundo y ante la nación, estuvieron cerca. Don Andrés -y también Angélica- siempre compartió con nosotros, sobre todo en los momentos difíciles, como por ejemplo en los diálogos entre el EZLN y el Gobierno Federal. Muchos de los que están aquí presentes son sabedores de todo eso; Andrés y Angélica estuvieron al tanto de todo el proceso, y para nosotros es algo que no podemos olvidar.

Don Andrés y Angélica nunca se alejaron de nosotros, siempre -hasta en los últimos momentos de su vida- estuvieron al



tanto de todo el proceso de las luchas del EZLN, y del esfuerzo de los pueblos indígenas por la construcción de su autonomía en los diferentes aspectos. Para concretizar todo esto, Don Andrés y Angélica, junto con otras personas, junto con otros hermanos, junto con nuestros compañeros, dieron el paso para dar el inicio de lo que llamamos ahora la Educación Autónoma, concretamente en el inicio de la Escuela Secundaria Rebelde Autónoma Zapatista que ahora funciona en Oventic; y ese trabajo de educación ahora es importante en todos los pueblos autónomos, en las comunidades y regiones autónomas. Porque para Don Andrés la educación es algo fundamental, porque sólo de esta forma el ser humano se hace responsable de sus actos, de la vida, de las luchas, del proceso del pueblo; es por eso que el esfuerzo que ellos hicieron, el trabajo que ellos demostraron con hechos es algo que no se olvida.

Otros de los trabajos que le reconocemos a Don Andrés - como aquí ya se mencionaron- es el esfuerzo, junto con otros hermanos, de la traducción de los Acuerdos de San Andrés en las distintas lenguas de los pueblos indígenas de Chiapas. Esta ley para nosotros, para los pueblos indígenas, es lo que nos dió el paso para la construcción de nuestra autonomía. Ellos hicieron este trabajo con el objetivo de que todos los pueblos indígenas, los hombres y mujeres que no saben o muy poco saben hablar lo que llamamos castilla, los conocieran, porque la única forma para entender mejor es con la lengua materna; por eso hicieron ese esfuerzo y lo reconocemos. Tanto Andrés como Angélica trataron de ayudar a los pueblos indígenas, pero sobre todo a los pueblos en resistencia, siempre buscando formas de apoyar para resistir todos los golpes que vienen desde arriba; como aquí se mencionó, y aunque lo vemos como algo pequeño, como la construcción de un “puente” simplemente, hablar para ellos tenía un significado muy grande, es parte de la lucha del pueblo, es parte de la resistencia, es parte de la forma de vivir y de resistir.

Don Andrés como historiador, también conservó muchos archivos, muchos documentos, muchas historias de los pueblos indígenas, sobre todo del proceso de la lucha del EZLN. Para nosotros los pueblos indígenas, para nosotros los zapatistas, Don Andrés fue, y siempre será, un amigo, un hermano y un compañero; lo mismo Angélica su esposa. A ellos, Don Andrés y Angélica, los



recordamos con respeto y valoramos su ejemplo que va a seguir vivo en nuestros pueblos. De por sí nosotros, los pueblos indígenas, y sobre todo los zapatistas, a todas las personas que con humildad, con sencillez y honestidad, se ponen al lado de los pueblos, se ponen al servicio de los pueblos sin ninguna condición, nosotros los pueblos indígenas no podemos quedarnos sin agradecerles, reconocerles y no olvidarles. A Don Andrés, como a Angélica Inda, siempre los recordamos con respeto y honor. Quisieron caminar al lado del pueblo, no pidieron nada a cambio, más que la esperanza de una vida mejor. Podríamos decir muchas cosas más de ellos, pero hemos dicho y hemos escuchado ya lo que significó para nosotros, para los pueblos indígenas.

Por eso hermanos y hermanas, compañeros y compañeras, no tengo más que decirles en estos momentos que llevar en nuestro corazón y en nuestra mente su ejemplo; pero el trabajo que ellos hicieron va a quedar, sobre todo, en los pueblos. Pues, gracias, hermanos y hermanas por escucharme en estos momentos.

*** Andrés Aubry ***

Considerando:

* Que aceptaste genuinamente las lecciones y enseñanzas de las luchas y saberes de los pueblos y de las distintas culturas de Chiapas, de México y del mundo; y que aprendiste de ell@s, concibiendo el esfuerzo intelectual no como un privilegio, ni como una forma de autoafirmación personal, ni como una fuente de poder sobre l@s demás, sino como una experiencia colectiva y necesaria para resistir, para alimentar la vida buena y para cambiar el mundo; (en tsotsil)

* Que mantuviste una actitud crítica hacia los conocimientos establecidos dentro de las estructuras hegemónicas del saber, y marchando "a contra pelo" de los mismos, analizaste, comprendiste y explicaste el mundo desde la interpelación de las víctimas del pasado, del presente y del futuro; (en tseltal)

* Que fuiste capaz de comprometer tu caminar y tu pensamiento con las luchas de liberación de los pueblos,



culturas, movimientos y clases sociales que hoy todavía padecen el despojo, la explotación, la discriminación y la represión en todas sus formas;
(en ch'ol)

* Que uniste la palabra y la acción, al asumir dignamente en tu vida cotidiana y en tu trabajo intelectual, las consecuencias políticas de la no-neutralidad de tus descubrimientos y de tu comprensión crítica de la realidad socio-histórica en la que viviste;
(en tojolabal)

* Que tu quehacer descolonizador, reflexivo y práctico, estuvo guiado por las exigencias éticas de las luchas de liberación de tod@s l@s oprimid@s; y por la profunda convicción de que otro mundo es posible: anticapitalista, construido desde abajo y a la izquierda, donde quepan muchos mundos...
(en zoque)



*Quare, cum in omnibus ea servata sint,
te declaramus et renuntiamus*

DOCTOREM

liberationis conatus causa



*In cuius rei fidem
has testimoniales
litteras sigillo
professorum
munitas tibi
tradimus*



Comandante David
Ejército Zapatista de Liberación Nacional
17 de diciembre de 2007



San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, die XVII decembris MMVII